Carlos Valenzuela Solís de Ovando

Gamboa, el Sarmiento de mago de Lima

Natural de Alcalá de Henares, era hijo de Bartolomé Sarmiento, natural de Pontevedra, y de María Gamboa de la ciudad de Vizcaya en Bilbao. De España viajó a Méjico, a Guatemala y después al Perú alrededor de 1557.
Había sido un destacado estudiante en Alcalá de Henares, esa universidad que fundara el Cardenal Cisneros casi cien años atrás en Castilla. Allí aprendió el griego, el latín, el itálico, el francés y otros idiomas romances. Luego le tentó la aventurera vida de soldado en Flandes y permaneció cinco años, entre 1550 y 1555, combatiendo en Alemania e Italia.
Pero lentamente fue penetrando en su alma la fiebre que enloquecía a la muchachada de aquel tiempo: partir hacia las Indias. Abandonó España y consiguió sumarse a una Armada que viajaba a Méjico. Allí se empapó de la maravillosa cultura de sus razas indígenas, recorrió las selvas de Guatemala y llegó hasta las piedras milenarias de los mayas. Desde allí hasta Perú fue cosa vertiginosa.
Desde niño había tenido la afición de averiguar el destino de sus amigos a través de las líneas de las manos o de las variaciones de los astros. Y le había gustado que le calificaran de adivinador. Impelido por ganarse el sustento en el Perú, echó mano a su inmensa cultura y comprendió que podía usar sus capacidades ejerciendo de mago en una sociedad ignorante y superficial como era la de esos años, que adquiría vida cuando la lumbrada del poniente encendía las torres virreinales de los templos limeños.
El virrey del Perú, don Diego López de Zúñiga y Velasco, Conde de Nieva, que sabía de una historia sobre los Incas escrita por Sarmiento de Gamboa,

lo tomó bajo su paternal protección y le brindó su amistad.
Comenzó fabricando una tinta que encendía el amor en la niña a quien iba dirigida la misiva. Luego unos anillos cabalísticos que se entregaban por pares; uno guardaba el varón y otro se obsequiaba a la dama de sus preferencias, que caerían rendidas a sus pies.
Estos conocimientos le granjearon el interés y el aprecio de toda la comparsa cortesana de damas y caballeros de vistosos atuendos y elegantes maneras. En esa Corte, caldo de cultivo de chismes y pelambrillos, de palabras furtivas y romances ocultos, el deseo pecaminoso iba desplegando la añagaza de las mujeres.
La sabiduría de Sarmiento de Gamboa causó tal conmoción, que todos empezaron a requerir de sus servicios. Los caballeros y más de alguna dama que estaba quedando para vestir santos, le pidieron ayuda. Nadie había que no quisiera poseer de esa tinta maravillosa con la cual obtendrían los favores de la niña de sus desvelos o del galán indiferente.
El mayor problema que se presentó a todo este conjunto de damas empingorotadas y señorcetes de chape largo, fue que no sabían escribir. Muchos de los jóvenes que habían tenido la ocasión de viajar, habían aprendido a garabatear algunas frases, pero de las niñas no se podía hablar, en una época en que se mantenía a la mujer absolutamente ignorante, en particular de la lectura, para alejarla del pecado.
Pero, como de costumbre, surgió un cúmulo de plumarios dispuestos a aprovechar la gran ocasión que se les ofrecía para ganarse unos patacones. Estos eran normalmente escribanos que se situaban en los portales de la Real Audiencia, y a pesar de que manejaban la pluma con algunas dificultades, eso ya les confería un halo de sabiduría especial. De más está decir que los que recurrieron a sus servicios les hicieron jurar silencio sobre su encargo bajo secreto confesional, so pena de hacer caer sobre ellos el peso de sus altas posiciones. Los pícaros callaron y comenzaron a redactar las más encendidas cartas de amor. En aquella época la palabra «amor» sonaba a escandalosa, por ello se referían al «aprecio» que sentían por la destinataria de sus misivas.
Esta casta de escribidores fue la mejor clientela de Sarmiento de Gamboa, quien les confesó el secreto que aunque la niña no supiera leer, el solo hecho de tener en sus manos la esquela y aspirar el penetrante olor de su tinta, obraría milagros sobre ella. Esto vino a solucionar la otra mitad del problema, porque si las hermosuras no podían leer las esquelas, a su vez no podían pasarla a nadie de su confianza para que las tradujera. Sus madres tampoco sabían leer, las mulatas de servicio, menos. Por eso el astuto Gamboa ideó esta explicación que vino a solucionar el problema, y bastaba que la chinita recadera que les traía la misiva, les dijera el nombre de su remitente, para que supieran quien era el pretendiente.
Al poco tiempo, comenzaron a cruzarse misivas en todos los sentidos, y pronto también empezaron a verse los resultados. Fuera porque una niña muy interesada en un galán no podía demostrar el interés que ella también sentía, y con la excusa de la magia de la tinta podía darse por enterada, o porque los señoritos se atrevieron a enviar cartas a niñas a quienes jamás se habían atrevido a dirigirse, lo cierto es que al poco tiempo, en las tertulias de la corte, comenzaron a cruzarse miradas decidoras o cargadas de intención, que se manifestaron en las elecciones de parejas

para los minués y las contradanzas de la corte virreinal.
El revuelo fue creciendo a tal punto, que el prodigio que había inventado Gamboa llegó a oídos del virrey, cosa que venía de perillas a la alta autoridad, quien también andaba en requilorios por los favores de una hermosa jovencita, quizá la más bella de la corte, a quien sus aristocráticos padres, que se hallaban prácticamente en la miseria, habían casado con un enteco vejete de piernas y bastón encorvados, pero con una bolsa bien repleta.
El carcamal, que había sido un buen espadachín en sus años mozos, mantenía los arrestos para disimular su avanzada edad. Pero todo el mundo pensaba, aunque nadie lo decía, que el matrimonio no se había consumado porque el vejete ya no estaba en condiciones de enviar ninguna carta a Francia para pedir el viaje de la cigüeña. Así pues, la sociedad limeña daba por hecho que la niña se mantenía virgen, a pesar de ser una de las más encantadoras e ilustradas damas de la corte.
Tal jovencita traía loco al Conde de Nieva, quien se había jurado que aquella joya habría de ser suya sin esperar que el antañón pasara a mejor vida, toda vez que cada día se le veía más rozagante y sano, haciendo frecuentes viajes a las encomiendas que poseía en las afueras de Lima. Estas ausencias, que a veces pecaban de demasiado largas, daban la ocasión para pensar en visitas. El virrey, que no hallaba cómo pedirle a la jovencita que le facilitara la llave de su alcoba, vio en la tinta mágica de Gamboa la solución a su problema. Pero su alto rango le impedía hablarle personalmente de sus deseos, y menos confesar sus malas intenciones. Para solucionar su problema, se valió de una mulata de su servicio, la de más confianza, que se llamaba Payba.
-Escucha mujer. Se habla mucho en la corte de una tinta que tiene poderes mágicos inventada por maese Sarmiento de Gamboa.
-Sí, mi señor, en el pueblo también se menciona mucho y se asegura que ya ha producido casos asombrosos. ¿Sabía Su Señoría, que la señorita Eufrasia de Carvajal, conocida por su gordura que la mantenía bastante soltera, ha sido pedida formalmente en matrimonio nada menos que por uno de sus mejores soldados, el apuesto capitán Miguel de Olivares?
-¡No lo puedo creer! -bramó, asombrado, el virrey.
- Y son muchos los casos, Su Señoría, que se comentan entre la servidumbre de las casas más importantes. No se imagina Su Merced la de encuentros que se han producido, entre personas que nadie se había imaginado.
-Me habéis dejado lelo. Quiero que visites al señor Sarmiento de Gamboa, y que me consigas de esa tinta maravillosa, contándole que es para tu caso personal. Por ningún motivo puedes mencionarme. ¿Has entendido, Payba? Bien sabes que si me traicionas, te haré aplicar unos doscientos azotes en el rollo de la Plaza Mayor.
-¡No, Su Señoría!, le juro que haré como usted dice.
Un día la mulata Payba se acercó a Sarmiento de Gamboa, y respetuosamente le habló:
-Su merced, mucho se rumorea de que poseéis poderes ocultos que aprendisteis de los incas.
-Algo, algo -respondió don Pedro, para no comprometerse.
-Pero dicen que habéis inventado una tinta mágica que puede hacer que otra persona os dé su afecto. ¿Es cierto, mi señor?

-¿Por qué preguntáis, mulata? ¿Acaso tenéis a alguien en la mira? No vaya a ser cosa que seáis tan osada de querer conseguir los favores de algún caballero español. Eso sería muy peligroso.
-No, mi señor, se trata de un mulato como yo. El desgraciado se manifiesta indiferente, aunque yo sé que le gusto. Pero o es muy tímido, o lo hace intencionadamente para encender mi pasión. El sabe que soy muy seria y que jamás le aceptaría proposiciones deshonestas.
-Pero, mujer, si le escribís, te estáis exponiendo a que la pasión de ese infeliz sea tan grande que no podáis contenerlo.
La negra abrió los ojos desmesuradamente. Realmente esa tinta debía poseer un poder irresistible. Pero Sarmiento de Gamboa ya se había dado cuenta de que la negra le había soltado un embuste, porque era evidente que no sabía escribir. Y como la negra pertenecía al servicio del virrey, comprendió enseguida de dónde venían los dardos. Por eso, le largó la siguiente frase:
-Para que el poder tenga efecto, debéis escribir la carta delante mío.
La mulata Payba quedó helada. El mago la había descubierto y enmudeció mientras pensaba. El caballero se había dado cuenta de la verdad y de quién era el verdadero interesado.
-¿Os envió vuestro amo, no es cierto? ¡Di la verdad o te dejo tiesa!
La mujer creyó a pie juntillas lo que decía don Pedro. Cayó de rodillas y le confesó:
-Sí, mi señor, pero no podéis decírselo porque me mandará a azotar en la Plaza Mayor. ¡Os lo suplico, no me delatéis!
-Mira, mulata, te facilitaré un poco de mi poción, pero aconséjale a tu señor que hable directamente conmigo, para evitar que pueda cometer un error irreparable. Además, le puedo preparar un par de anillos con signos cabalísticos a los que la niña no podrá poner objeción. Sólo necesito conocer las fechas de nacimiento de los dos. ¿Podéis averiguármelos?
-Sí su merced, el mulato Tomás, que está al servicio del esposo de la interesada, me puede proporcionar el de la señorita. Yo averiguaré el de mi amo.
No pasó mucho tiempo sin que la mulata regresara. Traía una buena cantidad de doblones de buen oro «para hacer los anillos», y las fechas de ambos nacimientos.
-Bueno, -afirmó Sarmiento de Gamboa- ven en quince días más a buscarlos. Ahí te entregaré la tinta y los anillos.
Cuando el plazo se cumplió, la Payba vino a buscar los objetos, que Gamboa había preparado cuidadosamente. La tinta en un frasquito chato con tapa de vidrio, y los anillos atados con una cuerda de seda.
-Aquí tenéis vuestro encargo. Pero debéis mantenerme al tanto de los avances del señor virrey, para evitarle algún peligro.
En una ocasión anterior, Sarmiento le había examinado las líneas de la mano y había descubierto signos de una muerte súbita y cercana, mas no se atrevió a advertirle y se limitó confidenciarse con sus amigos más íntimos.
Cuando la mulata Payba puso sobre el escritorio los encargos, el Conde de Nieva tembló de emoción. Ya podía rendir esa fortaleza que le traía cada vez más enfermo de amor. De inmediato se puso a redactarle una misiva encendida de pasión, rogándole que le permitiera el acceso a su

habitación, cuando su esposo se ausentara de Lima.
Catalina de Segovia, así se llamaba la jovencita, admiraba secretamente al virrey. Veía en su porte, en sus maneras elegantes y conversación culta, al hombre de sus sueños. En particular, en esas largas noches de invierno, en que no podía conciliar el sueño y caminaba por corredores y habitaciones, sólo oía los espantosos ronquidos del añoso viejo que, además de poseer un genio de los mil demonios, no tenía nada de simpático. La niña no podía dejar de comparar la esbelta figura del virrey y sus miradas incendiarias, con este antañón de ojillos desconfiados que se limitaba a toser y gruñir.
Por eso, cuando recibió la misiva, no dudó de parte de quién venía. Y al leer sus líneas, se encendió de pasión, se caló el anillo que la acompañaba, y le respondió a su mucama que avisara al mensajero una pronta respuesta.
Al día siguiente, el virrey recibió de manos de la mulata Payba una hermosa llave cincelada, y el siguiente recado:
-«Esta noche, cuando veáis que la luz se enciende en mi alcoba que da al oriente, podéis entrar por una puertecilla que se encontrará abierta. Cruzadla y subid la escala. Mi alcoba está enfrente de ella.»
El mensaje era escueto, pero al virrey le bastaba. La alegría de sentirse aceptado, que implicaba un reconocimiento a rendir la fortaleza, era un mundo para él. Naturalmente ese día no despachó ningún asunto oficial, bajo el pretexto de una enfermedad que esa noche justificara su ausencia en las tertulias de la corte. Además, la emoción que sentía no le habría dejado concentrar su mente en otra cosa que no fuera la niña de sus afanes.
Cuando llegó la noche, salió del palacio virreinal una sombra embozada por una amplia capa negra. Los altos tacones del señor virrey resonaron sobre las losas que conformaban las aceras. No distaba mucho de la casa de doña Catalina y, al llegar, se mantuvo esperando la señal de la luz que se encendería. Bajo esa ventana, una pequeña poterna permitía el acceso a la escala que la niña había mencionado. Por eso, al brillar una vela junto a la ventana, el conde no dudó un instante y penetró resueltamente por la estrecha puerta. Subió silenciosamente las gradas de la escala, y se encontró en un vestíbulo saturado del perfume que usaba la dama. Con el corazón latiendo a golpes se dirigió resueltamente a la puerta frente a la escala. La abrió suavemente, sin el menor ruido, y se encontró en una habitación a oscuras. Esperó expectante, hasta que unos brazos delicados le rodearon suavemente el cuello y luego sus fornidos hombros. Sintió una boca exquisita que buscaba sus labios y se hundió en un maravilloso mar de delicias. No supo cuánto rato pasó. Sólo recuperó la conciencia, cuando escuchó pasos apresurados en el vestíbulo exterior y la voz alarmada de una criada:
-¡Amita, amita, el amo regresa! ¡Me acaban de avisar y puede estar al llegar!
-Señor, descolgaos por las ramas junto a la ventana -sugirió doña Catalina.
El virrey, a medio vestir, comenzó a descender por las enredaderas que rodeaban el balconete; mas, justamente cuando su figura jacarandosa iba descendiendo, sintió en sus posaderas los pinchazos de acero con que el

ultrajado marido le esperaba. No alcanzó a llegar a tierra y fue cruelmente traspasado, muriendo por enamorado y por perejil.
Entretanto, el vejete gritaba:
-¡Truhán, desvergonzado, cómo osáis hollar la honra de esta casa!
Allí quedó el cuerpo tendido, mientras el amo ordenaba traer velas. Pronto unos criados llegaron con luces. Al acercar una de ellas al rostro del muerto, el anciano de Castroverde descubrió que se trataba nada menos que del señor virrey:
-¡Santo cielo! ¡Lo he matado! -murmuró. Toda su furia se trocó en espanto. Pero rápidamente su mente reaccionó. Ninguno de sus empleados debía darse cuenta de quién era el muerto- ¡Alejaos, alejaos!
Dentro de su desesperación, comprendía que nadie podía saber que el virrey había muerto en una aventura amorosa. Habría que trasladarlo a su casa, a su cama, para después decir que había fallecido. Total, don Fernando de Castroverde era uno de los fijodalgos que estaban permanentemente junto al virrey. A nadie le llamaría la atención que muriera en su compañía. Así, lo principal, era llevarlo al palacio virreinal.
Llamó a unos ganapanes de su confianza, les explicó que el virrey había bebido demasiado, y les hizo jurar que debían olvidarse de todo lo que iban a hacer. Terminó ordenando:
-Tú, Mateo, engancha los caballos y trae la carroza grande.
Nada demoró Mateo en llegar con el coche, y don Fernando indicó a dos de los mocetones:
-Sentad a mi amigo en la carroza. Ha bebido algo más de la cuenta. Yo me sentaré a su lado. Ustedes, en el pescante de atrás con sus libreas puestas.
El coche recorrió la corta distancia y penetró resueltamente al patio del palacio. Ni la guardia ni los sirvientes pusieron obstáculos al ver a don Fernando. El caballero era demasiado amigo del virrey y muy importante. Al detenerse junto a las gradas, ordenó a sus hombres que lo ayudaran a bajarlo, y lo hicieron como quien lleva caminando a un borracho. Así llegaron hasta las habitaciones del virrey y le tendieron en la cama.
Finalmente, al quedar solo, don Fernando le cambió la camisa manchada de sangre por otra impecable. ¡Por fin ya estaba el conde muerto en su cama!
Luego se asomó al corredor:
-Mateo, déjame aquí y anda a buscar al arzobispo. ¡Pero no lo olvides, jamás debes hablar de esto! ¡Yo mismo me encargaría personalmente de eso!
Cuando llegó el arzobispo, don Fernando le contó toda la horrible verdad. Su Eminencia estuvo de acuerdo con lo que había hecho don Fernando para evitar que la noticia corriera por la ciudad, desprestigiando al virrey, y se prepararon para dar oficialmente la noticia sobre el fallecimiento de Su Señoría. Y mientras la autoridad religiosa se encargaba de los asuntos oficiales, él corrió a su casa para cambiarse de ropa y hablar con su mujer.
Penetró hecho una tromba en la habitación de Catalina y le espetó:
-¡Mujer sinvergüenza y desleal! ¿Qué hacía ese hombre aquí en tu alcoba?
La niña Catalina, que había entregado con mucha felicidad su virginidad al virrey, ya había preparado su cuento:
-Mi señor don Fernando, el Conde de Nieva vino a visitaros por un asunto urgente. Mas, al no encontraros y tratándose de algo de suma gravedad, le

invité a pasar a mi alcoba ya que aún no me había acostado. ¡Pero él quiso propasarse! -gimoteó llorando- y cuando avisaron que vos acababais de llegar, se descolgó por la ventana. Pero estad seguro, mi honra no ha sido tocada. Todo sucedió tan rápido y parecía que el caballero hubiera bebido un hechizo, pues no era el señor tan gentil que he conocido en el palacio virreinal.
Estas razones tranquilizaron al anciano y se propuso contar todo al arzobispo cuando hubieran pasado las ceremonias oficiales.
Doña Catalina, en cambio, se hallaba disfrutando la maravillosa aventura que había vivido. Era la única vez que había conocido una situación tan deliciosa. Comprendía que su marido le había creído y que, por orgullo, jamás volvería a tocar el tema.
Cuando el arzobispo don Jerónimo de Loayza se enteró de lo sucedido, comprendió que debían estar metidas de por medio las tintas y los anillos del tan mentado Sarmiento de Gamboa, de quien todo el mundo hablaba maravillas. Hacía tiempo que quería echarle mano, pero no se había presentado la oportunidad. Esta vez no se le escaparía, pues creía que el virrey había sido víctima de algunos de los hechizos de este astrólogo, mago y cabalista.
El 2 de diciembre de 1564 lo llamó a su presencia en su calidad de Inquisidor Ordinario, para abrir una causa de fe. Después de la ceremonia habitual de toma de juramentos, le preguntó si era efectivo que en más de una ocasión había afirmado que poseía cierta tinta que, al escribir con ella a cierta mujer, aunque ésta lo quisiese mal, con eso lo querría a bien.
-Su Eminencia, en cierta ocasión hablando con una mulata llamada Payba de cosas necias y torpes de amor, ella me hizo la misma pregunta. Yo le respondí que en España había sabido de una tinta así, pero que no lo podía dar por cierto.
El Inquisidor le preguntó si había visto experimentar, o pensaba hacerlo personalmente, y si lo tenía por verdad o mentira.
-Esas cosas, Su Eminencia, son necedades que nunca faltan en las consejas de viejas. Pero un hombre ilustrado como yo no podría creerlas.
El interrogador no quedó muy satisfecho, pero la respuesta de Gamboa no se podía poner en duda, pues era conocido por su ilustración y enorme cantidad de conocimientos.
-Señor Sarmiento de Gamboa, también se habla de unos anillos que vos fabricáis, que llevan algunos signos cabalísticos.
-Esos signos que vos llamáis cabalísticos no son otra cosa que los signos del zodíaco, que se refieren a los movimientos de los astros en el firmamento, algo perfectamente natural creado por Dios, que no tiene nada de malo.
-¿Acaso creéis en la astrología, esas cosas que estudian los paganos?
Más adelante se citó al sujeto que había sido el secretario del conde de Nieva, Francisco de Lima, quien afirmó que conocía a Sarmiento de Gamboa desde unos seis o siete meses. Que éste le había mostrado una sortija con señales que traía en la faltriquera. Al preguntarle para qué era, Sarmiento le había respondido que se había hecho de acuerdo al arte de la astrología, y que había hecho otras dos que había obsequiado al conde de Nieva. Agregó que le había manifestado que «uno era para haber gracia con

príncipes y otras personas principales y el otro para tratar con mujeres y haber gracia con ellas».
En la segunda ocasión, el Inquisidor le interrogó por los anillos:
-Cuando fabricasteis los anillos con el platero, ¿qué letras pusisteis en ellos? -preguntó con los ojillos entrecerrados- y cuando los hicieron, ¿interrumpían las martilladas, o hacían gestos o movimientos con las manos o con los ojos?
-Ni movimiento de ojos ni manos, Su Eminencia. Yo me limitaba a apurar al maestro Duarte para que terminara pronto. Las letras que pusimos en los anillos son ciertos caracteres astronómicos en lengua caldea. Y corresponden a nombres de santos que figuraban en el libro donde estaba la fábrica de estos anillos en España.
-Decidme que nombres eran, maese Sarmiento -insistió el Inquisidor.
-No recuerdo nombres ni caracteres, y al fabricar dichos anillos, sólo hacíamos interrupción en las martilladas cuando esperábamos la hora del planeta de dicho anillo.
-¿Los terminasteis el mismo día, o algunos después?
-La verdad, Su Eminencia, es que no lo recuerdo, porque no presté mayor atención a esas materias.
El arzobispo le mostró dos anillos de oro, preguntándole si eran los que había mandado a hacer al maestro Duarte. Sarmiento los reconoció afirmando que tenían los mismos signos y caracteres que aparecían en el libro que poseía.
-¡Ah!, así es que poseéis un libo con estos asuntos. Mostrádmelo, si sois servido.
Gamboa exhibió dos cuadernillos escritos en pergamino, uno de siete hojas y el otro de dos. Luego mostró un anillo de plata que afirmó pertenecer al planeta Marte. Finalmente entregó todos estos objetos al Inquisidor.
-¿No creéis que en todo esto exista algo de brujería?
-No, Su Eminencia. Me he confesado en varias oportunidades, últimamente con el padre Francisco de la Cruz en Lima, y me autorizó a poseer tales elementos, «a condición de que en ello no hubiese otra cosa sospechosa más que las reglas naturales por donde se hacen, según las matemáticas».
Días después se le interrogó sobre los cuadernillos, respondiendo que su confesor los había examinado y le había autorizado a mantenerlos «porque aquellas eran cosas naturales» en las que no había superstición.
Finalmente, después de todo el proceso, fray Francisco de la Cruz fue condenado y, entre otras penas, se le desterró para siempre de todas las Indias de S. M.
Sarmiento de Gamboa, a su vez, abjuró el 24 de mayo de 1567, condenándosele a reclusión y posterior destierro. No obstante, obtuvo del arzobispo que le alzase la reclusión y le conmutase el destierro, dándole la ciudad por cárcel. Consiguió, además, licencia para ausentarse al Cuzco por el resto de ese año.
En noviembre de 1573 Sarmiento de Gamboa presentó de nuevo ante el Tribunal del Santo Oficio, un cuaderno de doce hojas, con el cual intentaba probar que ciertos anillos astronómicos que él hacía para diversos efectos, tenían virtud natural, y que no eran sospechosos ni supersticiosos, por lo que su autor no merecía castigos.
En enero de 1574 todavía se hacían cargos contra Sarmiento de Gamboa. Uno

de ellos consistía en que mirando las manos de una mujer, le vaticinó que por su causa iban a morir dos personas de este reino. El otro, de que hablando con gente de letras, había afirmado que el Evangelio no estaba suficientemente predicado en el Perú, y finalmente el cuaderno misterioso que poseía. Sarmiento respondió que ni en España estaba suficientemente explicado el Evangelio y, respecto al cuaderno, sólo hablaba de las propiedades de algunas yerbas y piedras. Se consultó, entre otros, al doctor Cola María, por ser experto en astrología. Este informó que no había nada que temer, porque todo lo escrito era verdad.

Fue condenado por segunda vez, pero en ésta tanto el nuevo virrey como la Audiencia le encargaron, el 7 de agosto de 1579, que «por la experiencia que se sabe que tiene de la mar y de las navegaciones dellas, para que fuese a descubrir el Estrecho de Magallanes que acababan de surcar atrevidos piratas extranjeros, y verle y medirle y saber cómo corre y en qué grados está».1

Con esto se dio inicio a las más trágicas aventuras. Su principal misión era erigir en el Estrecho un par de ciudades para protegerlo de las navegaciones de los piratas. Así, fundó Nombre de Jesús, más cerca de la salida al Atlántico, y Rey don Felipe, próxima a lo que es hoy Fuerte Bulnes. Ambas villas tuvieron un pasar y un final extremadamente desgraciado, pues apenas terminó la creación de las nuevas villas, Sarmiento de Gamboa partió a España en 1586 a conseguir recursos, y jamás pudo volver.

Ambas fundaciones quedaron libradas a su suerte y fueron muriendo todos sus moradores de hambre y frío. Años después, cuando el corsario Cavendish pasó por Rey don Felipe, sólo quedaban 18 moradores viviendo sus últimos momentos. Les ofreció llevarlos al norte, pero recelaron y permanecieron en el lugar. El único que se embarcó fue Tomé Hernández que se salvó. Al ver tan gran desastre, Cavendish bautizó aquel lugar como Puerto del Hambre. Durante muchos años se creyó que había estado situado donde hoy está Fuerte Bulnes, pero un gallego, Vicecónsul de España en Punta Arenas, exploró durante largo tiempo hasta hallar los restos del funesto puerto.

Allí, donde se encontraron los esqueletos de sus moradores, se levantó una especie de altar de piedra, con forma de dolmen, que los recuerda. En una de sus caras hay una frase que hiela: «Tanto he sufrido, que merezco llamarme mártir». Y en otro de sus costados, una leyenda que demuestra el orgullo ancestral de estos seres anónimos: «ESPAÑA ESTUVO AQUI».

En su viaje a Europa para conseguir más recursos, Sarmiento de Gamboa fue hecho prisionero cerca de las islas Azores por los ingleses y conducido a Inglaterra. En octubre consiguió ser presentado a la reina Isabel, con quien habló más de una hora y media en latín, impresionándola en tal forma que ella le otorgó la libertad y le encargó una misión confidencial para Felipe II. En diciembre de ese mismo año, cuando iba en viaje, fue hecho prisionero por unos hugonotes que obedecían al vizconde Bearne, y fue a parar a un calabozo inmundo, hediondo y lleno de ratas, donde permaneció cerca de cuatro años.

Cuando salió, en 1590, iba tullido, encanecido y sin dientes. Murió en julio de 1592, a los 60 años de edad.

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

_____

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal** www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**. www.biblioteca.org.ar/comentario